



Jardín seco

(Poemas inéditos)

Alejandro Duque Amusco

LAS SOMBRAS

*...las sombras
profundas que hay en ti.*
JOSÉ CORREDOR-MATHEOS

En su estudio. El poeta. Suena el compás oscuro del reloj y se avivan
las sombras.

Hoy no escribe. Vigila, atento, el crecer de las sombras como una marea
amenazante.

Tal vez lo mejor de su poesía, piensa, se quedó por hacer, y está bien
que así sea. Hay que dejar la obra en el camino, no detenida:
suelta, en crecimiento,
para que otros vengan después a retomarla.

El poeta, en su estudio. Permanece en silencio. No escribe, espía las
sombras que le cercan y asedian, y oye el secreto rumor del
corazón del mundo.

Abandonado al creciente oleaje, queda el poeta en meditada espera,
y antes de que se hunda en la sombra perfecta, va presintiendo los más
hermosos versos nunca escritos.

UNA RUPTURA: RODIN Y RILKE

La fuerza del espíritu únicamente choca contra otro espíritu igual de poderoso;
como imanes iguales, los hasta ahora amigos se rechazan y alejan.

Nada entre ellos ha ocurrido, rompen
no por celos ni por el fácil éxito que todo lo envenena.

Son dos artistas de la estirpe más pura
y un mundo inexpresado a cada uno llama con voz irresistible.

No existe más. Y se separan mudos, serenos. Sin heridas.

Rodin se va a escuchar cómo la piedra habla.
Y Rilke, en el silencio recogido, oye las alas del terrible ángel.

Se alejan, se retiran a vivir sin morir
en la profunda soledad del arte.

LACRIMA

(Después de contemplar el cuadro de Emil Schumacher)

Cada uno forja su propio desengaño.

Las palabras que aquella noche no debieron decirse y que precipitaron la
ruptura,
la caricia en sus cabellos, rechazada, que hoy se ha vuelto como el recuerdo
negro de una rosa,
los adioses que rompieron la carne,

de todo esto nos habla el delicado cuadro,
de eso nos habla con tembloroso trazo.

Separación y daño. Labios que no llegaron a los labios queridos,
brazos que no se unieron a los que estaban destinados,

ojos que miran y ansían otros ojos ante ellos
y en vez de las pupilas dilatadas de amor encuentran solo la gota ardiente de
salada muerte.

Con su papel de un blancor mancillado, como rugoso y sucio,
el cuadro evoca el lento deslizarse de una lágrima,

los gruesos trazos que se abren y cierran como un paréntesis que aprisiona la vida
dibujan el huidizo perfil de una lágrima, una lágrima doliente, rebosante de pena,
de tiempo roto, de súbita amargura.

¿Se puede captar mejor el daño inmerecido?

Un monumento es a la memoria herida.
Un descenso, entre el fuego, al imposible olvido.

DESEOS

Le pedí
diafanidad a la luz,
fluidez al agua.

Viví sólo
para ver el tránsito
de mis deseos
incumplidos,

en el fugaz espejo de la claridad.

VIOLONCELOS

La noche no cumplida del amor se desangra.
Cómo se desvanecen los tornasoles del recuerdo.

Una voz, una voz de seda y fiebre, murmuraba al oído: "¿Cuánto has
amado?"

Dolor de aguja fina, la pregunta insistía:
"¿Cuánto has amado?", dime.

Hebra dulce de amor, sed que sometes,
pensar en ti esta noche me lleva hasta un lugar llamado Nunca.

Pensar en ti, despacio, pone un toque de adiós sobre el olvido.

EL PERRO Y LA MARIPOSA

Ella se presentó con un regalo
envuelto bella y primorosamente.
Era una delicada porcelana,
una estatuilla fina, frágil, de un perro echado
con una mariposa descansando en su lomo.
Al entregármela, reía y bromeaba con forzada alegría:
“Parece pacífico, pero mucho cuidado,
no te vaya a morder...”

He recordado muchas veces aquellos ojos suyos,
sus claros ojos tristes,
que habían comprendido que aquel verano nuestro
se había cerrado para siempre como un libro leído.

Vuelven hoy sus claros ojos golpeando a mi puerta,
pero el pasado es sordo, y ya no abre.
Y me entretengo mirando la estatuilla,
justo enfrente de mí,
entre los libros de la estantería.
Y al levantar la vista,
el perro fiel, me mira, me vigila,
quieta sobre su lomo la débil mariposa,
que recibió algún golpe, por descuido,
y tiene rota una de sus alas.

BARRIENDO LA TERRAZA

Mientras barro las hojas del gran ficus, que un viento fuerte y frío arrancó de la frondosa copa,
me estremece pensar en cada una de estas pequeñas almas vegetales que cayeron heridas,

hoy llenan la terraza, llevadas y traídas por el viento en caprichosa danza,
hojas grandes, pequeñas, con nervaduras diferentes que daban a su ser una forma irrepetible, única.

Cayeron todas como el llanto del árbol.
Unas, demasiado pronto, en su apogeo hermoso,
otras, consumado su ciclo, agotadas y secas.

Con paciencia, con perseverante tenacidad,
me aplico en el barrer las pobres hojas con metódico esmero,
en dejar la terraza sin signos del pasado, sin huellas de la muerte,
como engañosa inmaculada página,

barrer, barrer, para intentar un imposible orden, inútil y fugaz como cualquier esfuerzo,
pues no bien limpias de hojas la terraza, otras empiezan a caer de nuevo (detrás, delante), finos cuerpos mortales, ateridos.

Y mientras voy barriendo y borrando estos recuerdos,
oigo la sigilosa rueda que gobierna los seres y las cosas, tirar de mí, desgajarme despacio.

Mi propia muerte escucho caer, sin ruido,
desde las altas ramas de la vida.